

A large, light gray, serif letter 'E' is centered on the page. A horizontal gray bar passes through the middle of the 'E', containing the text 'ENTREVISTA' in a smaller, black, serif font.

ENTREVISTA

En este número...

“Reinventar la emancipación: Entrevista con Boaventura de Sousa Santos” / Publicamos una interesante entrevista con quien es sin duda uno de los intelectuales más reconocidos en el campo de las ciencias sociales en todo el mundo. Sociólogo, jurista crítico, filósofo social y mentor intelectual del llamado altermundismo, Boaventura de Sousa habla en esta entrevista sobre su relación intelectual y emocional con el marxismo, sobre sus experiencias como investigador social en el Brasil de los años 60, sobre las posibilidades de construcción de un nuevo pensamiento emancipador, sobre los grandes campos en que se dará la confrontación social en los próximos años entre las fuerzas que apoyan la globalización capitalista y quienes representan la denominada globalización contra-hegemónica, así como sobre la vigencia del Estado-nación en nuestros días, siempre desde la óptica de que *otro mundo es posible*.

Reinventar la emancipación

Entrevista con Boaventura de Sousa Santos¹

► José Maria Cançado, Juarez Guimaraes
Leonardo Avritzer y Patrus Ananias²

¿Cómo describiría su trayectoria intelectual, y el papel de Brasil y de la política brasileña en su desarrollo?

Mi trayectoria, como la de mucha gente de mi generación, es un poco heterododoxa por el hecho de que nací en un período en el que Portugal vivía bajo una dictadura. De hecho, una buena parte de mi vida ocurrió bajo la dictadura. Yo militaba en el movimiento católico progresista, que fue siempre muy reprimido. Estudié derecho en Coimbra y después me fui a estudiar filosofía en la Universidad de Berlín Occidental. Regresé a Portugal y me fui a los Estados Unidos, en 1969. Ahí tuve un viraje hacia la sociología; me especialicé en sociología del derecho. En ese momento se dio la oportunidad de hacer un doctorado en la Universidad de Yale, mediante un trabajo en América Latina, y yo me incliné por Brasil. Mis dos abuelos habían emigrado al Brasil, así que conocía desde pequeño lo que era este país por medio de mi abuelo, quien ayudó a instalar las líneas del tranvía de Río y me hablaba siempre del gran presidente “Washington Luís” (risas). Durante muchos años no supe que se refería a Washington Luís.

Llegué a Río dispuesto a vivir en una favela para hacer mi investigación, con la que quería establecer una alternativa a la antropología, que en esa época, en Brasil, se hacía al modo norteamericano y estaba polarizada entre dos posiciones: la de quienes consideraban que los habitantes de las favelas eran todos bandidos, parte de un sistema de ilegalidades, y la de quienes, desde una visión romántica, las veían como una gran alternativa habitacional y consideraban que debíamos promoverlas. Yo quería ofrecer una explicación diferente, mostrando que la favela no era el paraíso pero tampoco el infierno, sino una comunidad en

¹ Traducción del portugués de Humberto Salazar, revisada por Jorge Rivas Díaz.

² José Maria Cançado es crítico literario. Juarez Guimaraes y Leonardo Avritzer son profesores de ciencia política de la Universidad Federal de Minas Gerais. Patrus Ananias, abogado, fue prefecto de Belo Horizonte.

la que las personas en situación de extrema pobreza se procuraban una vida digna. Era inimaginable en esa época, para los brasileños, que un portugués viniera a hacer investigación sociológica, porque ésta era realizada por norteamericanos. Los portugueses vienen a Brasil a hacer negocios, ¿no? Cuando yo llegaba a la favela, me lo preguntaban. Y yo les contestaba: “No, no vengo a hacer negocio, vengo a hacer una investigación”.



Mi formación tuvo en ese momento un salto, fue entonces cuando se dio mi radicalización. Estudié en Yale cuatro años, en el período de la gran movilización estudiantil contra la guerra de Vietnam. Adquirí una conciencia marxista, como decía José Martí, “en las entrañas de la bestia”. Fue en los Estados Unidos, con la guerra de Vietnam y, después, con las favelas de Río; esas fueron para mí las grandes escuelas de vida. Viví durante medio año en una barraca en la favela de Jacarezinho porque quería ver cómo funcionaba. Era 1970, estábamos bajo la dictadura y se daba en esa época la lucha clandestina del Partido Comunista, de los grupos de Brizola, de las asociaciones vecinales. Todo mi trabajo estuvo referido a esas asociaciones vecinales. Fue ahí que conocí un poco de la realidad, de un lado de ésta que yo no había conocido, el lado de la miseria, de la exclusión, de las condiciones horribles en que se vivía. Hice mi tesis y, para no identificar personas y no causar problemas a los amigos que me habían ayudado en la investigación, utilicé un nombre ficticio: “Direito de Pasárgada”, inspirado en el poema de Manuel Bandeira. Durante mucho tiempo nadie supo que mi estudio se refería a la favela de Jacarezinho, había la duda: unos decían que se trataba de la favela de Rozinha, otros, de Jacarezinho.

¿Cómo se dio su relación con el marxismo y con el proceso político portugués? ¿De qué manera influyeron en su pensamiento?

Dejé de estar vinculado con el movimiento católico desde antes de irme a Berlín Occidental, porque la Iglesia católica en Portugal, al contrario de lo que ocurre en

Brasil, era muy conservadora, muy reaccionaria. Había un obispo, el de Porto, que era razonablemente progresista, pero Salazar lo mandó al exilio al Vaticano. Apoyé de alguna forma ciertas causas progresistas católicas, que siempre me motivaron. Por ejemplo, fui miembro de la Comisión Nacional de la candidatura de Maria de Lourdes Pintassilgo, una ingeniera que fue ministra de un gobierno interino en Portugal después de la Revolución. Ella estaba ligada al movimiento católico y fue candidata a la Presidencia de la República. Apoyé su candidatura por ser mujer y católica progresista bastante de avanzada. Obtuvimos 7% de la votación.

En cuanto al socialismo, tuve la suerte, por decirlo así, de conocer un poco el socialismo real en la Alemania Oriental. Ese socialismo de los años 60 era bastante represivo. Yo mismo ayudé a la fuga de algunos estudiantes del Berlín Oriental al Occidental. Nosotros, que cruzábamos por el muro todos los días, acumulábamos montones de libros que nos servían a veces como mesas o estantes. Nos bombardeaban con todo tipo de bibliografía marxista, que recibíamos gratuitamente: las obras completas de Lenin, las de Marx... Trotsky de ningún modo, no aparecía ahí por ningún lado. Ésa, mi primera experiencia con el llamado socialismo real, fue como una matriz para mi comprensión del proceso que vendría después.

¿Cómo fue, entonces, su visión del fin del comunismo?

Para nosotros, en Europa, fue una muerte bastante anunciada. En Portugal, tuvimos otras vivencias del socialismo relacionadas con la descolonización, porque en las zonas de influencia de lengua portuguesa se dio un importante resurgimiento del socialismo y del marxismo por medio de los movimientos de liberación nacional. Todos nosotros teníamos amigos en los movimientos de liberación de Mozambique, de Angola, de Guinea Bissau, donde se daba una producción teórica notable. Estos movimientos trajeron al centro de la Revolución portuguesa un marxismo diferente, más abierto, ligado a las luchas de liberación. El marxismo terminó siendo muy importante en Portugal después de la Revolución. No sólo por la vía del Partido Comunista. El Partido Socialista ya había abandonado el marxismo, pero tuvimos organizaciones trotskistas, maoístas y muchas otras que se desarrollaron en aquel momento de la Revolución. Fue un período extremadamente rico en debates, sobre todo en un gran movimiento político en el que participaron casi todos los intelectuales portugueses del momento, llamado Movimiento de Izquierda Socialista (MES, en portugués), con gran influencia de Rosa Luxemburgo, de la tradición *consejista*, etc. La evolución de esa izquierda fue muy interesante; los remanentes de esa tradición sustentan hoy en Portugal una política de izquierda. En la década de los 80 se dio la posibilidad de unión de varias tendencias: la Democracia Proletaria,

que era maoísta, los trotskistas y aquello que se llamaba Política 21, que era lo que probablemente provenía más directamente del MES. Estas tendencias fundaron un grupo de izquierda que actualmente impulsa el bloque parlamentario más activo, más creativo de Europa.

De este modo, la lógica del desarrollo político de la izquierda en Portugal fue interna. Por supuesto, a partir de finales de la década de los 80 todo cambió. El comunismo de la Unión Soviética impedía toda creatividad marxista. Se encontraba bloqueada de una forma político-doctrinaria, en la medida en que lo primero que un marxista tenía que hacer era posicionarse en relación con la Unión Soviética; lo cual era bastante difícil, pues sabíamos que había cosas positivas en la URSS, que nadie podía negar, particularmente en relación con los llamados derechos económicos y sociales, la salud, la seguridad social. Los propios rusos, los ucranianos, los húngaros, los polacos ya no se entusiasmaban mucho con todo ello porque sentían que estaría garantizado para siempre por el Estado. De ahí que toda la lógica de los movimientos del Este, desde Solidaridad, en Polonia, fue por los derechos civiles y políticos. Claro, lo que ellos no sabían era que el modelo de sociedad que adoptarían iba inmediatamente a poner en cuestión los derechos económicos y sociales. Eso explica por qué, pocos años después, los partidos comunistas regresaron al gobierno por la vía electoral.

En términos de la construcción de alternativas para el siglo XXI, encuentro que el régimen de la Unión Soviética pertenece al siglo XX. La URSS nunca fue, de hecho, un país desarrollado, fue una ilusión nuestra el pensar que estaba en pie de igualdad con los Estados Unidos. Política y militarmente lo estaba, pero económicamente no lo estuvo desde los años 60. El colapso de la URSS tuvo dos consecuencias contradictorias: por un lado, confirmó que el capitalismo era la única alternativa, como modo de producción, para el mundo contemporáneo; por el otro, liberó una variedad de energías teóricas y políticas para la emergencia de nuevas utopías de emancipación social. No podríamos imaginarnos el Foro Social de Porto Alegre en el período de la guerra fría. No sería posible la conjunción de personas y de movimientos que tuvimos en Porto Alegre porque entonces los campos estaban muy demarcados. Hoy, ya comienza a haber posibilidades de pensar en términos alternativos al propio capitalismo. No es, todavía, una cosa más que embrionaria; pero se está desarrollando y con una gran creatividad. Pienso que esto fue posible solamente porque no hay un modelo alternativo único. Hay programas, hay horizontes.

¿Cómo entiende usted el concepto de transición paradigmática y qué papel juega en su pensamiento?

Mi pensamiento en este aspecto es marxista. El capitalismo no existió siempre y

tampoco es eterno. No es más que un modo de producción, una civilización, un proceso civilizatorio bastante prolongado y profundo. Pero el momento en que el capitalismo vive su apogeo es cuando comienza a mostrar signos de debilidad. Y esta transición se va a dar, ya sea en el nivel del propio capitalismo en cuanto proyecto civilizatorio, ya sea a nivel del conocimiento. Por tanto, la transición paradigmática tiene dos dimensiones en mi análisis. Una es epistemológica y tiene que ver con el conocimiento. La propia ciencia moderna, desde el siglo XIX, se halla al servicio del desarrollo capitalista y tiene, de alguna manera, que recuperar una cierta autonomía, transformar el conocimiento de forma de volverlo menos elitista, más activo, más implicado en las cuestiones de la ciudadanía y menos dependiente de los programas y las necesidades del capitalismo. Creo que este modelo civilizatorio del capitalismo tiene los días contados. Fundamentalmente porque hasta hoy la manera como ha superado sus crisis ha sido profundizando la “mercadización”,³ sometiendo, por tanto, al ámbito del mercado y del valor bienes que anteriormente no estaban sometidos a éste. En este momento estamos alcanzando el paroxismo, la culminación de ese proceso, con la privatización y otros muchos movimientos; la manifestación más reciente y más perversa de esa dinámica se da en el espacio electromagnético, con las frecuencias de radio por medio de las cuales funcionan la televisión, los celulares, la *laptop*, la Internet. Como se sabe, se trata de frecuencias en el espacio electromagnético que pertenecen a los Estados nacionales y que se alquilan o concesionan a las empresas. En este momento, las empresas multinacionales a las que el Estado alquila el espacio electromagnético quieren que el Estado se las venda en forma definitiva, para después venderlas en los mercados secundarios. Lo que significa que las empresas de comunicación van a tener en propiedad, algún día, el espacio electromagnético de las radiofrecuencias; y que la comunicación quedaría en manos de media docena de multinacionales de la información y la comunicación. Es el paroxismo al que me referí antes, que puede y va a provocar una crisis.

¿De qué especie de crisis está usted hablando?

Cuando hablamos de crisis del capitalismo, muchas veces las personas no dan crédito, porque piensan que estamos anunciando crisis que nunca ocurrirán y que al final el capitalismo siempre saldrá adelante. Pero yo creo que el sometimiento al mercado, la “mercadización”, está por alcanzar su límite. El continente que falta “plutonizar” es África. El resto, prácticamente el mundo entero, está como

³ Con este término traducimos el utilizado por Boaventura de Sousa: *mercadorização*, que se refiere a la invasión de todos los ámbitos de la vida social por la lógica de mercado capitalista.

nunca sujeto a la ley del capital. Por primera vez la mitad de la población mundial vive en las ciudades. Estamos, hoy, viviendo en un mundo cada vez más urbano, cada vez más mercantilizado, y en el que la “plutonización” puede alcanzar sus niveles máximos. Éste es el gran debate del momento. Necesitamos saber si se trata de una crisis final o una crisis cíclica. La cuestión es saber efectivamente si este horizonte civilizatorio está llegando a su fin. No hemos pensado en otra cosa que cambiar de modelo dentro del capitalismo global, pero soy de los utópicos que piensan que necesitamos otro modelo de civilización. El modelo capitalista está destruyendo las posibilidades del trabajo de ser un factor de inclusión social; esto significa que los procesos de explotación alcanzan el máximo de virulencia y de conflicto. Por otro lado, el conflicto entre capital y naturaleza se profundiza por la degradación ecológica. Parece que estamos en una situación de crisis final. Pero claro que todo esto está sujeto a las especulaciones contrarias, igualmente legítimas. Para mí, lo importante es fortalecer y dar credibilidad a las alternativas de civilización que se están desarrollando. No perdamos la oportunidad de construirnos un futuro. El marxismo es absolutamente fundamental para explicar la sociedad en la que vivimos; no para decir hacia qué tipo de sociedad vamos. Pienso que nunca sabremos prever el futuro, vivimos en sociedades complejas, caóticas.

Lo que más me llama la atención en este esfuerzo de elaboración de una nueva cultura emancipatoria es que se presenta a partir de una problemática civilizatoria, como fue típico de ciertos marxismos. Y, al mismo tiempo que se ubica como una problemática en el plano de la tradición intelectual occidental, originaria del Norte, usted se esfuerza por incorporar experiencias que están emergiendo en el Sur. ¿Esto se relaciona con el hecho de que Portugal es un lugar entre el Norte y el Sur?

El marxismo y el liberalismo están mutuamente imbricados, mucho más de lo que la gente piensa. Ambos representan diferentes maneras de la crisis del pensamiento eurocéntrico del Norte. Representan mucho del modelo civilizatorio que nació en Europa y que vivió una expansión colonial, y después la expansión imperial. Por ejemplo, la forma en que Marx vio la cuestión del colonialismo en la India me avergüenza hoy como marxista, porque en el fondo, para él, era *la civilización* que estaba llegando a la India. Hoy tenemos otra visión, porque sabemos que la India tenía un rendimiento *per capita* que era la mitad del de Inglaterra, cuando llegaron los ingleses y que, pocos años después, llegó a ser 20 veces menor. Fue un proceso de destrucción masiva el que produjo el colonialismo, no una gran modernización que vino a sustituir a la barbarie.

Hoy estamos en una fase totalmente nueva y es necesario, como digo en mi

obra *Crítica de la Razón indolente*, aprender como Sur. Cada vez más llegamos a la conclusión de que Europa y los Estados Unidos son un pequeño rincón, donde no sólo se produjeron experiencias extremadamente destructivas en términos de genocidio, sino también de destrucción del conocimiento. Estas teorías, estos conocimientos producidos no tienen hoy la capacidad de llevarnos hacia el siglo XXI. Fueron importantes y representaron todo un ciclo, pero hoy necesitamos de otros conocimientos, y ellos provienen del Sur, vienen de todos esos pueblos que sufrieron el colonialismo, que produjeron saberes importantísimos, pero que estuvieron completamente olvidados. Usted tiene razón cuando habla de mi condición de portugués. Portugal, como país semiperiférico, fue siempre esto, colonizador y colonizado al mismo tiempo. Siendo el Sur del Norte, tal vez seamos también el Norte del Sur; hay esta especie de interfaz que es importante descubrir.

¿Cómo viene usted desarrollando este análisis?

El proyecto de investigación que estamos realizando⁴ incluye seis países: Brasil, Colombia, Portugal, India, Mozambique y Sudáfrica. Estamos tratando de identificar nuevas formas de conocimiento. Tenemos un subproyecto llamado “Las voces del mundo”, en el cual estamos entrevistando a activistas de los movimientos sociales. Necesitamos, cada vez más, acercar los conocimientos alternativos de los activistas a las ciencias sociales. Estamos recogiendo experiencias sobre todo de los países de desarrollo intermedio, pues en éstos las contradicciones entre la globalización neoliberal y la globalización alternativa o “contra-hegemónica”, que estamos tratando de impulsar —Porto Alegre es en este momento el símbolo de esa globalización alternativa—, se expresan en forma más evidente. Debido a que los países del Norte se benefician de la globalización neoliberal, ven con cierto cinismo las alternativas, en tanto que los países menos desarrollados están a merced de la ayuda externa, ahogados por la deuda. En países como Senegal, Malasia, Uganda y Angola, más de 50% del presupes-



⁴ El entrevistado se refiere al proyecto de investigación en siete volúmenes en portugués (aún en curso de publicación) denominado *Reinventar a emancipação social: para novos manifestos*, el cual ha comenzado a publicarse en español por el Fondo de Cultura Económica, siendo el primero de sus títulos *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa* (México, 2004). N. del T.

to se destina al pago de la deuda externa. ¿Cómo esos países podrían generar alternativas? En cambio, los países de desarrollo medio sí pueden desarrollar alternativas. Y en verdad, están surgiendo en ellos. Países como Brasil, India o Sudáfrica, con un desarrollo medio y gran población, pueden generar alternativas. No en forma aislada, pues ésta ha sido precisamente la estrategia suicida del Brasil. Siendo un país muy grande pero de mediano desarrollo, sus gobernantes piensan que podrían obtener un tratamiento preferencial de parte de los países centrales, pero eso no es posible. Más bien, lo que consigue es portarse como un buen alumno con la aplicación radical de la globalización neoliberal. Yo paso la mitad del año en los Estados Unidos y estoy convencido de que no hay una sola idea nueva en ciencias sociales que provenga de allá. Podrán alcanzar una gran profundidad, podrán volver sus análisis cada vez más sofisticados, pero las ideas innovadoras no están viniendo de allá en este momento.

¿Por qué ocurre esto?

El sistema de organización del conocimiento, el sistema disciplinario, la competencia entre las instituciones académicas, que los brasileños también tienen de alguna manera, están eliminando la creatividad. Son países con muy buenas condiciones para que la gente trabaje, pero la gente tiene que traer las innovaciones de afuera. El gran ejemplo son los indígenas. Cuando se fundaron las Naciones Unidas, sólo Bolivia afirmó contar con minorías étnicas; ningún otro país reconoció que tuviera minorías étnicas. Hoy, el movimiento más pujante del continente es el indígena. Un movimiento que se presenta con otra concepción de los derechos humanos, y que intenta encontrar formas de conocimiento que puedan ser defendidas contra el pillaje de las transnacionales sobre la biodiversidad.

Usted habla de una sociología de la ausencia, de la capacidad de contar con lo que no existe. ¿Seremos capaces nosotros, desde la izquierda, de permanecer fieles a una utopía de lo que no existe todavía, contra las ansiedades de lo realmente existente, contra las ansiedades de una política de resultados...?

Esta cuestión es central, sobre todo porque estamos en un contexto político en el que las fuerzas de la izquierda, no teniendo a su disposición un modelo de revolución como una gran alternativa al capitalismo, no pueden partir de la carencia y de la incompatibilidad, que era lo que permitía la revolución. La revolución posibilitaba pensar en lo que no existía, pensar de una manera grandiosa y acabada, creando la energía movilizadora para llevarla a cabo. Hoy no tenemos eso y, por tanto, la cuestión de la compatibilidad de nuestras luchas con el capi-

talismo está planteada de manera inversa. No existiendo un paradigma revolucionario, todas las luchas de la izquierda son pensadas a partir de su compatibilidad con el capitalismo. Esta compatibilidad es necesaria como punto de partida, no de llegada. Mi idea es que esa sociología de lo ausente es algo que tiene que ser construido en la medida en que avanza esa lucha dentro de lo que es posible en una sociedad capitalista. Nuestro gran objetivo es volver al mundo menos confortable para el capitalismo. Esto es, profundizar la democracia no sólo en el nivel de lo político, sino también en las fábricas, en las familias, en las calles, en las universidades, en todo lugar. Ha de llegar el momento en que esta democratización profundizada entre en línea de choque frontal con el capitalismo.

Ahora bien ¿cómo se profundiza la democracia? En una línea extremadamente ambivalente para los líderes políticos y para los movimientos sociales. Es necesario que ellos presenten mejores resultados que los de los demás... y por lo tanto, todo parece militar contra una sociología de la ausencia. Porque una sociología de la ausencia lo es de aquello que todavía no existe. Pero también, eso que no existe, si no es posible convertirlo en una agenda, significa el fracaso para el líder político. Por eso el líder político tiene una tendencia natural, estando en el juego parlamentario o electoral, a presentar lo que hay, a presentar resultados: “Con el presupuesto participativo conseguimos esto, conseguimos aquello...”, por lo mismo, esta idea de la reificación de las conquistas es un gran problema. Se trata de un dilema, porque de ninguna manera podría yo decir que esa política de resultados es negativa en sí misma. Por el contrario, no es posible hacer avanzar a la izquierda de otra manera.

Lo que la izquierda debe saber es que los partidos son sólo uno de los componentes de esta política; otro componente son los movimientos sociales, que deben tener autonomía, pues en el momento en que dejaran de tenerla se acabaría la política innovadora de izquierda. Son ellos la conciencia de lo que todavía no existe. Ellos no están sujetos al ciclo electoral, ellos quieren resultados para sus comunidades, y tienen la capacidad de transformar sus reivindicaciones en cosas cada vez más de avanzada. Hoy, por ejemplo, en Porto Alegre, las personas tienen infraestructura, y cuando se tiene infraestructura se quieren actividades culturales y otras cosas. Y el gobierno sale a decir que no hay recursos para todo esto, pero las personas van construyendo opciones. Esta tensión es precisamente lo que llamo una sociología de la ausencia, esto es, una dinámica que lleve a hacer crecer las expectativas.

Desde hace cerca de 150 años la sociedad moderna vive de una discrepancia entre las expectativas y la realidad. En la sociedad antigua la realidad de la vida coincidía con las expectativas; esto es, quien nacía analfabeto moría analfabeto; quien nacía noble moría siendo noble y el que nacía pobre moría en la misma

condición. Con las sociedades modernas, sobre todo a partir del siglo XIX cuando se instituyó el Estado liberal, por medio del viejo concepto de progreso creamos la discrepancia entre expectativa y realidad. La realidad es mediocre, mientras que las expectativas son altas. El que nace pobre puede morir rico; yo soy campesino analfabeto, pero mi hijo puede morir siendo doctor... ¿Cuál fue la lógica de la izquierda? Ampliar la discrepancia entre lo que había, que era la experiencia, y las expectativas. ¿Cuál fue la gran diferencia entre la izquierda reformista y la revolucionaria? Toda la izquierda se constituyó entre experiencias mediocres y expectativas luminosas. El mañana radiante del socialismo para la izquierda revolucionaria y el Estado benefactor para la reformista. ¿Cuál es la situación hoy? Nosotros, desde 1989 más o menos, invertimos esta dinámica, por primera vez, en la mentalidad occidental. Tenemos hoy la vieja discrepancia, pero ahora es negativa, en relación con la realidad, para la abrumadora mayoría de la población mundial. Para quien tiene empleo o lo pierde, la expectativa es que el nuevo empleo será peor. Cuando vemos en los diarios que habrá una reforma a la seguridad social, tenemos la certeza de que será para peor.

Así entonces, la izquierda se vio obligada a defender el *statu quo*. Si la experiencia es menos negativa que la expectativa, la izquierda tiene que defender lo existente. Pero la izquierda nunca fue buena para defender el *statu quo*. Tenemos que mantener una presión social al lado de los partidos, desde las organizaciones que no están sujetas a la lógica electoral, para sostener una presión a favor de todo aquello a lo que la gente tiene derecho.

Usted tiene un planteamiento sobre seis temas⁵ que serán fundamentales para la construcción de un nuevo pensamiento emancipatorio. Háblenos un poco sobre ello...

Hoy no existen las condiciones para poder atribuir en abstracto una prioridad total en las luchas sociales a un determinado movimiento, ya sea el obrero, el ecológico, el feminista o el indígena. Una cosa diferente es indicar luchas prioritarias que pueden ser asumidas por todos esos movimientos. Los seis temas interesan a todos los movimientos.

El primer tema es el referido a la cuestión de la democracia. Hoy se ha perdido la tensión entre capitalismo y democracia, que fue característica de la modernidad. En ésta, las luchas por la inclusión social fueron luchas por los

⁵ Aunque en el original se refiere a estos grandes ámbitos de confrontación y de reconstrucción de la emancipación social como *áreas*, hemos preferido su denominación como *temas*, siguiendo la versión de Antelma Cisneros, traductora de *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa*, edición antes referida. N. del T.

derechos, y éstos, en cierto momento, implicaron una redistribución social. La redistribución es totalmente contraria, hostil, al capitalismo, éste nunca la realiza voluntariamente. Fue una dura lucha la del movimiento obrero y los otros movimientos para conseguir la distribución. Se creó una especie de tensión entre democracia y capitalismo. En el momento actual, la democracia no sólo es compatible con el capitalismo sino que bien podría ser vista como su otro lado, su otra cara, en la medida en que ha perdido totalmente sus capacidades redistributivas. El modelo de democracia liberal representativa empezó en ese momento a perder su credibilidad; ya estamos en una segunda fase. Después de la oleada de “democratización” que se dio en la década de los 80, se está volviendo evidente que estas democracias no funcionan efectivamente. Lo que sucede en Rusia en este momento no es, de ninguna manera, una democracia; es un gobierno electo, pero el poder central tiene ciertamente muy poco poder. En África sucede lo mismo. En Mozambique tenemos tal vez el mejor ejemplo: los adversarios son asesinados si hablan de más y, entre tanto, existen los partidos y se realizan elecciones. Por otro lado, y precisamente por iniciativa de partidos de izquierda como



el PT en Brasil y el Partido Comunista en la India, hay un surgimiento de formas más ricas y auténticas de la democracia. Una gran lucha habrá de darse entre dos modelos de democracia, la de baja intensidad, como la que tenemos, y otra de más alta intensidad, de tipo participativo. En Porto Alegre, en Belo Horizonte, en Kerala, en la Bengala Occidental, se están dando formas

interesantes de colaboración entre democracias representativas y participativas.

Un segundo gran tema son los sistemas alternativos de producción. La izquierda, precisamente debido a una influencia a mi juicio negativa del marxismo, no le ha puesto mucha atención a los movimientos de producción alternativa, principalmente las cooperativas. Ahora estamos por asistir a una gran reivindicación, a veces por necesidades de supervivencia, de los movimientos cooperativos. Son cooperativas que están produciendo bienes según una lógica no capitalista. Una característica importante de las que yo llamo organizaciones económicas populares —que existen cada vez más en este país— es que no se ocupan sólo de lo económico, sino también de la cultura, de la política. Por ejemplo aquella maravillosa cooperativa de reciclaje de basura, en Porto Alegre, la de Belo Horizonte, o la de los recicladores de papel de Bogotá. Hay también una alternativa para el comercio justo, que es una lucha para que los bienes que circulan por el mercado mundial sean producidos a un salario justo, en condiciones

ambientales dignas, con libertad sindical, etc. En este momento el comercio justo abarca cerca de 9% del mercado mundial. Podría citar también la experiencia del mutualismo, la de los microcréditos... Todas éstas son iniciativas que empiezan a tener algún significado y es nuestra obligación, dentro de la izquierda, darles cada vez más amplitud.

Un tercer gran tema es el del multiculturalismo y la ciudadanía multicultural. El marxismo, como el liberalismo, sólo conoce la igualdad, no conoce la diferencia. Sólo sabemos crear solidaridades entre iguales, por ejemplo entre trabajadores, pero ¿entre trabajadores y mujeres? ¿Entre trabajadores e indios? ¿Entre trabajadores y homosexuales? Nuestra lógica no sabe realmente crear equivalencia entre el principio de igualdad y el de diferencia. Esto es difícil, pero las personas no sólo quieren ser iguales, también quieren ser diferentes; hay aspectos en los que la gente quiere ser igual y otros en los que no. Esa equivalencia entre los dos principios antedichos nos va a llevar al concepto de ciudadanía multicultural, que comenzamos a tener como en las minorías étnicas, en los pueblos indígenas, en el movimiento de los negros... Las personas quieren pertenecer, pero quieren ser diferentes. Es necesario un multiculturalismo que dé pie a nuevas formas de hibridación, de interacción entre las diferentes culturas. Cada cultura es la que debe definir hasta dónde se quiere integrar.

Un cuarto gran tema es el referente a la biodiversidad. Es un tema central del futuro, pues implica una confrontación. Tenemos dos grandes conocimientos en rivalidad: el conocimiento que los indígenas y los campesinos tienen acerca de las propiedades curativas de las plantas, y el apetito de las empresas multinacionales por identificarlas, procesar sus principios o sustancias activas y patentarlos para que así, cuando los campesinos, los indígenas y todos nosotros necesitemos de esos productos para la diarrea, para el dolor de cabeza, tengamos que pagar por ellos. Pero si la multinacional no cuenta con la ayuda del chamán, del sabio de aquella etnia que le diga “esa hierba es buena para eso, esta es buena para aquello”, no va a poder conseguir nada. Por lo tanto, el conocimiento tradicional es absolutamente crucial. Pero tiene que ser valorizado y protegido. ¿Cuál es el papel de los Estados en este momento? Por ejemplo, el de Brasil tiene una política sobre la biodiversidad, a mi entender, completamente negativa, porque está pretendiendo “digitalizar” la biodiversidad. Esa propiedad digitalizada será después procesada y podrá, por tanto, ser objeto de patente. El problema es que este tipo de conocimiento tradicional, de las comunidades, de las personas, no puede ser digitalizado.

El quinto tema es el nuevo internacionalismo obrero. Como sabemos, no fueron los obreros los que se internacionalizaron, sino que fue el capital el que se globalizó. Durante mucho tiempo la guerra fría impidió la internacionalización. Había dos grandes centrales del movimiento sindical internacional, la Federación

de Sindicatos Libres y la Federación Mundial de los Sindicatos, una pro-capitalista y la otra comunista. Pero ese tiempo pasó, y aunque esas instituciones todavía existen, están moribundas. Lo que está en curso son las nuevas iniciativas sindicales, ya en el ámbito de la Unión Europea, ya en el ámbito del MERCOSUR, ya en el ámbito del NAFTA.



En este momento, los sindicatos norteamericanos y canadienses están realizando acciones y alianzas muy interesantes con sindicatos mexicanos, principalmente con uno de los frentes sindicales auténticos, que es un frente de izquierda no ligado al PRI. Hay ahí una gran energía, una de las mejores iniciativas estudiadas en nuestro proyecto, y la llamada iniciativa del Sur para los sindicatos a nivel internacional, la SICTUR, una alianza entre sindicatos, entre la CUT del Brasil y sindicatos de Sudáfrica.

El sexto tema, finalmente, es la cuestión de la comunicación y de la información. Este tema es el de la gran concentración de poder entre el Norte y el Sur, en el cual se va a dar una gran confrontación. Porque si realmente se llega a la privatización del espacio electromagnético, el mundo y la comunicación en el ciberespacio van a estar en manos de tres o cuatro empresas que lo comercializarán ventajosamente. Así vemos, por ejemplo, que en el mundo del ciberespacio África como continente desaparece por completo. Los mapas de Internet, por ejemplo, de los sistemas electrónicos, son así: África es sólo un poquito de Sudáfrica y otro poco de Egipto y de Marruecos. El resto no existe. Ahora bien, si se llega a la privatización del espacio electromagnético será el fin. Por ello es fundamental la lucha por los medios de comunicación alternativos y por la democratización de los medios.

Éstas son las grandes luchas en las que, pienso, los movimientos sociales van a estar involucrados en las próximas décadas.

Brasil es todavía un país que no se ha realizado en tanto que proyecto de nación emancipada. La construcción de Brasil como una verdadera nación sólo se dará cuando sea al mismo tiempo política, económica, social y cultural...

Esta cuestión es muy importante porque muchos países están pasando por el mismo problema. Hay autores fundamentales para la interpretación de Brasil, como Sérgio Buarque de Holanda, Caio Prado Jr., Nelson Werneck Sodré, Gilberto Freyre, Celso Furtado, Florestan Fernandes. Fueron los grandes analistas del Brasil en el momento en que se podía vislumbrar la creación de un proyecto nacional. Y fue también una creación intelectual, de alguna manera. El problema es que la dictadura comenzó a destruirlo por medio de un proyecto de modernización que no tenía nada que ver con la idea de nación. Al mismo tiempo que modernizaba, minaba toda la institucionalidad por medio de la cual la nación podía afirmarse, participando en torno de un proyecto. No hay proyecto nacional sin una nación. Lo que la dictadura hizo fue modernizar, pero sin la nación. Puede parecer un poco provocador, pero pienso que hay una línea de continuidad en este momento con la dictadura. Es decir: hubo rupturas importantes en la transición democrática, pero hasta ahora no ha sido posible reponer la idea de un proyecto nacional. Sin embargo, no es posible recrearlo en los mismos términos de 1930. Una cuestión compleja para la izquierda es la de cómo formular un proyecto nacional en un período posnacional. Ahora no se puede pensar en el Brasil solo. Veo que hay una carencia de pensamiento continental en el Brasil. Los grandes estudiosos del país se ocuparon poco de la cuestión del Continente. No tuvimos aquí un José Martí, ni un Sarmiento, ni un Mariátegui.

Tenemos un Manuel Bonfim...

Es el único.

Un Darci Ribeiro, también...

Darci Ribeiro en su fase final. Pero fuera de los dos no hubo más. Porque Brasil es, él mismo, un continente. En este momento veo cada vez más a los países sometidos a la globalización neoliberal, sin capacidad creativa, desvalorizando sus especificidades y sin conseguir imitar lo que los otros hacen. No son contraproyectos nacionales, de ninguna manera. Lo que pienso es que los proyectos nacionales ahora tienen que ser hechos en el ámbito continental, posnacional.

Pero, ¿encuentra usted que todavía hay un lugar para el Estado-nación?

El Estado es hoy más importante de lo que nunca lo fue. El Estado organiza la globalización, los bloques regionales. ¿Quiénes estuvieron en lo de Québec? ¿Estuvieron los empresarios o los sindicatos? No, fueron los gobiernos. ¿Quién estuvo en lo del MERCOSUR? ¿Quién anunció la Unión Europea? El Estado es

un principio activo de la globalización neoliberal y, en este momento, el Estado de bienestar que había en Europa —y que era un Estado del bienestar de los ciudadanos— es hoy un Estado del bienestar de las empresas. Nunca se vio tanto dinero puesto en inversiones a fondo perdido para que las empresas se instalen. El Estado continúa siendo un articulador fundamental, lo mismo cuando privatiza. El Estado organiza las privatizaciones y va a tener que organizar la regulación, porque los servicios, a no ser que haya una convulsión política muy grande en el sistema democrático, deben tener una cierta regulación. La llamada metaregulación pertenece al Estado. Por ello, no pensamos que el Estado haya dejado de ser importante, o que sea una institución obsoleta.

Hasta los años 70, la izquierda pensaba que el Estado de bienestar era una artimaña del capitalismo, esto es, que éste había creado las políticas sociales para mantener a los obreros más o menos contentos y más o menos resignados a la continuidad de la acumulación. Otra corriente afirmaba, al contrario, que los derechos sociales y económicos de los trabajadores fueron producto de las luchas y no existirían sin ellas. Mi idea es que esos derechos fueron el fruto de muchas luchas. Por eso digo que sería el mayor error de la izquierda pensar que el Estado no es importante y que debe ser abandonado.